

tiplicando los actos de una voluntad tiránica. De este poder gozó por algun tiempo con bastante quietud. La cárcel, el destierro, la confiscacion y la muerte lo libertaban de todos los que le hacian alguna sombra. Todo lo que se le oponia pasaba por delito de lesa magestad. Las menores quejas se castigaban, y los que llevaban el yugo con la mayor impaciencia, no se atrevian á confiar á nadie sus sentimientos. Embriagado Ricardo con esta plenitud de poder, se miraba como el príncipe que mejor sabia reynar, y solo atribuia á su talento y á su ingenio el imperio absoluto que exercia sobre una nacion acostumbrada á ver que sus soberanos eran los primeros que obedecian á la ley.

Esta presuncion fué la causa de su ruina; porque creyó haberse hecho de tal modo dueño del pueblo por medio del terror, y de los grandes por el abatimiento en que los tenia, que no se atreverian á moverse. Con esta confianza pasó á Irlanda á apagar una sedicion. Los vientos contrarios le detuvieron allí mucho mas tiempo del que hacia cuenta; y entre tanto que esperaba ocasion favorable para volverse á Inglaterra, habiendo tomado las armas los malcontentos, se apoderaron de todas las plazas fuertes, penetraron hasta Londres, entraron sin resistencia, y lo hicieron declarar por depuesto de la corona, como violador de las leyes y de los privilegios de la nacion. Tímido y cobarde en el riesgo, como regularmente lo son los tiranos quando se ven abandonados á sí mismos, no pidió Ricardo mas que la vida reconociéndose indigno del trono, y ofreciendo dexarlo en favor del duque de Lancastre su primo, que con efecto fué proclamado rey con el nombre de Henrique IV. Ricardo II., aquel príncipe tan zeloso del poder arbitrario, degradado y juzgado por sus vasallos, murió en prisiones de muerte violenta, de edad de 33 años, el de 1400, dexando una memoria odiosa y un exemplo terrible del poder que el parlamento de Inglaterra se atribuia sobre sus reyes.

La España católica estaba dividida, como ya lo hemos visto, en 4 reynos, el de Castilla unido con el de Leon, el de Aragon, el de Portugal, y el de Navarra. Los musulmanes poseian siempre el reyno de Granada, y la ciudad de este nombre era el asiento de su poder. Los príncipes católicos estaban divididos entre sí,

y trabajaban en debilitarse mutuamente, como lo habian hecho hasta entónces, con guerras declaradas y manejos secretos. Rara vez se unian contra los infieles, aunque la experiencia les habia enseñado, que siempre que lo hacian, y que obraban entre sí con franqueza, sus armas lo graban una superioridad manifiesta; pero ademas de los motivos de política ó de ambicion que los movian á tomar las armas unos contra otros, sin atender á que destruyéndose así por sus propias manos, debilitaban sus estados con poca gloria suya y muchos daños de los pueblos, habia en estos pequeños reynos bandos y tramas perpetuas. Los grandes mas indóciles y mas orgullosos que en ninguna otra comarca de Europa, se rebelaban con el menor pretexto contra sus soberanos. Para entregarse con mas facilidad al espíritu de independendencia, que miraban como una de las propiedades de su clase, habian inventado un medio que prueba quanto se ignoraban en aquellos tiempos los derechos sagrados de los príncipes, y las obligaciones inviolables de los vasallos. Quando un grande queria hacer guerra al rey le enviaba á decir, que se retrataba del juramento de fidelidad que le habia hecho, y renunciaba la qualidad de vasallo. Por medio de esta formalidad extravagante se creia libre de todo vínculo, y se adelantaba sin escrúpulo con las armas en la mano contra su príncipe, como si fuese un igual.

No obstante estas guerras intestinas, el poder de los musulmanes en España iba á ménos de día en día; y no se necesitaba ser muy hábil en política, para conocer que en la mala inteligencia de los príncipes christianos consistia su principal fuerza. Las victorias de Don Alonso XI., rey de Castilla, y de Don Pedro IV., rey de Aragon, les enseñaron, quanto no hubieran padecido, si los quatro monarcas hubiesen formado una liga permanente, que no se hubiese roto hasta despues de su total destruccion. La mas memorable de estas victorias fué la del Salado, llamada así del nombre de un riachuelo de Andalucía, cerca de Tarifa, ciudad fuerte del estrecho de Gibraltar, que tenian sitiada los infieles, y de la qual querian los christianos impedir que se apoderasen. Los reyes de Castilla y de Aragon pelearon en persona; y el de Portugal, D. Alonso IV., vino á participar con ellos de los peligros y de la gloria. El ejército de los moros era de mas

de 4000 hombres de infantería, y de 600 caballos. El Africa y la España mahometana se habian apurado para reclutar á un tiempo tan prodigioso número de soldados. Los príncipes christianos no tenían mas que 4000 hombres de infantería, y 800 de caballería. Las tropas del ejército christiano pelearon con tanta valentía, y los caudillos manifestaron tanto valor, inteligencia y presencia de ánimo, que no pudieron resistir los musulmanes al vigor, y á lo continuo de sus esfuerzos. Aflojaron por todas partes, y dexaron, segun los historiadores contemporáneos, á lo ménos 20000 hombres en el campo de batalla, sin contar una infinidad de cautivos, siendo así que la pérdida de los christianos no pasó de veinte hombres entre muertos y heridos. Esta famosa batalla se dió el día 30 de Octubre de 1340. Una victoria tan completa comprada á costa de tan poca sangre, se miró como efecto de la proteccion divina; y así no sin razón se celebra todos los años su memoria en la iglesia de Toledo.

Antes de apartarnos de España, no podemos ménos de hablar algo de Don Pedro I., rey de Castilla y de Leon, con tanta justicia deshonrado en la opinion de la posteridad, con el renombre de Pedro el Cruel. Este príncipe, que juntaba en sí todos los vicios, la mala fe, la barbarie, y la disolucion, fué el verdugo de su familia, el perseguidor de la nobleza y el tirano de sus vasallos. Subió al trono por muerte de Alonso XI. su padre, el año de 1350, de edad de 15 años y medio, y en esta edad tan tierna anunciaba ya las inclinaciones perversas, que llenaron su reynado de delitos y atrocidades. Su primer yerro se lo aconsejó su madre, y se ensayó en derramar sangre humana, haciendo matar á Leonor de Guzman, muger célebre por su hermosura, á quien el difunto rey habia amado, y de quien habia tenido muchos hijos, entre otros, aquel Henrique de Trastamara, tan famoso en la historia de España como en la de Francia. En quanto podia hacer mal impunemente, se burló de la vida de los hombres, y quanta mas sangre derramaba, parecia estar mas sediento de ella. El gran maestro de la órden de Calatrava fué degollado de órden suya, para dar lugar al hermano de su concubina, María de Padilla, doncella tan artificiosa como hermosa, que lo cau-

tivó de tal modo, que le hizo abandonar dos mugeres virtuosas y dignas de mejor marido. Hizo asesinar en su presencia á Don Fadrique su hermano, y Don Juan de Aragon su primo; y la madre de este último, viuda del rey Alonso IV. Blanca de Borbon, su primera muger, á quien tenia en prision hacia 8 años, no pudo escapar de su crueldad. Por último este monstruo que se burlaba de las promesas mas sagradas, degolló por su propia mano al rey de Granada, que era el famoso Barbaroxa, usurpador del trono de los moros en España, que habia venido á rendirle homenaje fiado en su salvo conducto. Tanta barbarie y maldad sublevaron contra él á todos sus vasallos, que tomaron las armas para echarlo del trono, que deshonoraba de todos modos, porque sus infamias igualaban á su inhumanidad. Henrique de Trastamara, ayudado por los franceses, gobernados por el célebre Beltran Claquin, se presentó á la frente de un ejército, y todas las ciudades se declararon por él, y lo proclamaron rey de Castilla. El horror que se habia tomado á Don Pedro no contribuyó menos á esta rebelion, que la victoria ganada al tirano por el príncipe Henrique. Derrotado pues y fugitivo, pero sin ceder un punto de su genio atroz, mandó degollar en Compostela, adonde habia venido á buscar asilo, al arzobispo para apoderarse de sus riquezas. Cargado con este botin, vino á Francia á implorar el socorro del príncipe de Gales, quien lo volvió á sus estados, y lo restableció en el trono, derrotando á D. Henrique, á quien no pudo libertar de esta desgracia todo el valor y habilidad de Claquin. Don Pedro, mas sediento que nunca de la sangre de sus infelices vasallos, y soltando la rienda á su crueldad, no usó del poder que se le habia restituido mas que para sacrificar á su venganza todos aquellos que se habian declarado contra él, ó que sospechaba eran afectos á su hermano. Así luego que Trastamara se presentó otra vez seguido de un nuevo ejército, que todavia mandaba Claquin, se volvieron á él todos los ánimos. Don Pedro se dispuso para recibirlo; pero como ya no lo defendia el príncipe de Gales, fué derrotado y hecho prisionero. Llévosele á la tienda de Claquin, adonde llegó inmediatamente Don Henrique, y como si un tirano manchado con tantos delitos como Don Pedro el Cruel, no debiese perecer sino por medio de otro delito,

su hermano luego que entró se echó sobre él, y le dió de puñaladas. Digno fin de un príncipe, cuyo nombre no se puede pronunciar todavía sin horror (a).

## ARTÍCULO III.

*Desavenencias de Bonifacio VIII. y de Felipe el Hermoso. Fin de estas desavenencias en el pontificado de Clemente V.*

Las desavenencias que se suscitaron entre Bonifacio VIII., sucesor del santo pontífice Celestino V., y el rey de Francia Felipe el Hermoso, son unos sucesos famosos, ó por mejor decir, uno de los mayores escándalos de este siglo. Dos fueron las causas de estas funestas desavenencias, en que Roma manifestó poca moderacion y vanas amenazas entre tanto que la Francia le contraponía entereza y razones. Por parte de Felipe, su alianza con el emperador Alberto de Austria, á quien no queria reconocer el papa, y un impuesto que habia cargado á los eclesiásticos por las urgencias del estado, habian indispuerto á Bonifacio contra él; y por parte de este pontífice, la ereccion del obispado de Pamiers hecha sin consentimiento del rey, y el nuevo título episcopal conferido á Bernardo Saisset, que se habia ya hecho sospechoso con sus desvíos y por su poca moderacion, habian ofendido al monarca frances, príncipe de una índole orgullosa y absoluta, que no estaba en ánimo de sufrir que un soberano extrangero viniese á darle la ley en su reyno, mucho ménos un papa, que no se contaba aun entre los soberanos.

Dos sugetos preocupados de este modo uno contra el otro, y ambos igualmente zelosos de su autoridad, no podian ménos de llevar las cosas al extremo, luego que hubiesen hecho y recibido las primeras ofensas. Felipe no ignoraba, en quanto las preocupaciones del tiempo se lo permitian saber, lo que se le debia como á monarca y rey de Francia, y conocía en sí bastante elevacion en su entendimiento, y bastante constancia en su genio para de-

(a) Aunque estos hechos constan de la crónica de Don Pedro Lopez de Ayala, no falta quien la mire como parcial, teniendo por mas verídica la de Don Juan de Castro, obispo de Jaen, en que se suponen executados con justicia; de lo qual hablaremos mas adelante.

fender y mantener sus derechos. Bonifacio, imbuido en todas las falsas máximas que habian introducido y acreditado sus antecesores, las llevó en la execucion mas al cabo que ninguno de ellos, porque fué todavía mas resuelto en sus empresas, y cuidó ménos de las resultas que podian tener. Su espíritu fuerte y su humor impetuoso no le permitian reflexionar sobre los procederes á que se arrojaba, y todavía ménos poner los medios que hubieran podido reparar el mal que habia causado. Poco flexible por naturaleza, y aun por conviccion, se vió en manos de sus enemigos, y para recibir el golpe de la muerte, sin ceder nada de su entereza. Parece que jamas le ocupó lo que habian de pensar de él quando ya no existiese; y esta serenidad de alma que conservó en las coyunturas mas violentas, nos mueve á creer, que obraba como si estuviese persuadido que su obligacion exigía de él este rigor, de que jamas se desprendió. Si fué así, como debemos pensarlo, se le debe tener lástima de que se hubiese imbuido con tanta tenacidad en unos principios falsos y perjudiciales que lo extraviaron; pero mas lástima aun se debe tener á la Francia, en donde excitó tan grandes disturbios, y á la Iglesia cuya autoridad comprometió, atribuyéndose tal vez mas de la que tenia.

Apénas hubo sabido este pontífice que Felipe el Hermoso queria sujetar á los eclesiásticos de su reyno á llevar una parte de las cargas del estado, á proporcion de la hacienda que tenian, quando se juzgó obligado á vengar la honra é inmunidades del clero, contra las cuales se imaginó que conspiraba el rey. Esta idea, que no se tomó Bonifacio el trabajo de examinar, fué el origen de todo quanto hizo en adelante, para reducir, como él decia, á Felipe á la obediencia que debia á la Iglesia; y á él que era su cabeza, y por quien exercia la plenitud de su poder. La bula *Clericis Laicos*, y todos los racionios que el pontífice habia esparcido en ella, con una lógica y estilo dignos de su siglo, estribaban en este fundamento.

No se contuvo en esto Bonifacio, sino como si hubiese querido probar á Felipe, le envió en calidad de legado al mismo Bernardo Saisset, obispo de Pamiers, de quien ya tenia el rey tantos motivos para estar disgustado; genio fogoso y alborotador, que trabajaba en inspirar el espíritu de sedicion á los señores de este distrito. Felipe,